

LA QUE FUE



LA QUE FUE

- Mírala... ahí va otra vez a vender algo de casa
- pero... ¿tú estás segura que es ella?
- claro que sí, ¿no ves las ropas que lleva? Viejas sí... pero elegantes
- ¡pobre mujer!... ¡con lo que ella ha sido, tener que verse así!
- ¡y con quince hijos!... tan joven y sóla.
- ¿y su madre?
- su madre le está haciendo pagar haberla abandonado por ese marido loco.

Catharina volvía a ser el objeto de burla – o pena – del corro del lavadero. La bella mujer salía del Tribunal Supremo, recorriendo los caminos del canal, con sus ropas viejas, raídas pero limpias. No hace mucho esas mismas ropas que hoy la visten fueron dignas de las envidias más exquisitas de Delft.

En su cara se dibujaba algo de triste alegría, y todo porque, por fin, le habían concedido la moratoria que había pedido para atrasar el pago de las numerosas deudas que arrastraba.

Con un objeto bajo su axila derecha, cubierto con un mantel, y con una cesta rota rodeando su brazo izquierdo, caminaba cabizbaja, incapaz de alejar la angustia y el dolor por una miseria que no creía merecer, evitando charcos, y saltando sobre los resbaladizos adoquines de las estrechas calles... Era, sobre todo, vergüenza.

A un lado de la calle el sucio canal, con sus embarcaciones dominando la ciudad. Al otro fachadas rojas, amarillas, y marrones, con pequeñas puertas abiertas, con amplios ventanales cerrados, sin cortinas.

En cada casa la puerta principal cerrada, y la del patio abierta. Mujeres cosiendo escondidas en la penumbra de la entrada a casa, otras lavando ropa en el patio. Otras las tienden, otras barren. Alguna juega con sus hijos pequeños.

Eso hacía ella no ha mucho – se dijo, mirando de reojo a una antes conocida, sin atreverse a levantar la cabeza para evitar otro saludo rechazado.

Por fin llega a la calle Voorstraat, pasa la cervecera y llega a la panadería. El cartel no es muy grande, la puerta tampoco. La casa tiene tres plantas, con ventanas amplias. En la última planta una sola ventana, más pequeña que las demás, y tras ella le mira sonriente un hombre gordo, con bigote... desagradable.

Una vez más es un escalofrío el que recorre su cuerpo al verle.

¿No le queda otro remedio que entregárselo a ese hombre tan desagradable? – piensa, antes de entrar, acariciando el mantel que lleva bajo el brazo - ¿podría perdonárselo?.



Hendrick era su principal acreedor. Hasta entonces le debía lo que sería el pan de tres años para su familia, que no eran menos de dieciocho miembros, sin contar el antiguo servicio. Y eso era mucho dinero.

El gordo y sudoroso panadero la espera donde siempre, en la última planta de la casa. Catherina sube la estrecha y oscura escalera. Al llegar a la primera planta oye el ruido de una puerta. Al girar la cabeza ve la silueta de una mujer mirándole. No sabe bien si con odio o con pena. Es la mujer de siempre.

Sigue avanzando y llega hasta su estudio, una sala de madera, estrecha y alargada, donde guarda numerosas obras de arte y otros utensilios que colecciona.

El asqueroso personaje se lanza a por ella, la abraza, la besa, la babosea, y empieza a meter las manos bajo su vestido, subiendo por sus medias, arrancando los lazos de su ligero, y avanzando sin miedo y sin ningún cuidado.

La deja caer sobre la cama, y sudoroso y jadeante, se sube encima de ella y la hace sentir menos mujer de lo que ya se siente.

Catharina ya ha dejado de pensar en ese marido que no está. Ahora sólo piensa en esas quince bocas que tiene que alimentar mientras recibe acometidas y sudores de un ser tan despreciable como déspota.

Alejándose de ella, subiendo sus pantalones, Hendrick se acerca al objeto, retira el mantel y vuelve a sentir otro orgasmo.

- ¡Es precioso de verdad!... Señora Bolnes, nuestra deuda está cancelada... por ahora

- ¿y dispondré del pan durante este año? – preguntó intentando arreglar su vestido

- eso será negociable... todo depende de cómo se porte conmigo

- es usted un cerdo – le dijo saliendo de la fría habitación

- y tú una vulgar ramera. Ya se lo dije a Jan... esa mujer que tienes escondida en casa

no es mas que una vulgar ramera. Elegante, bien vestida, pero igual que las demás

furcias del canal. ¡Sois todas iguales! – gritó desde la puerta, observando cómo

Catharina bajaba corriendo.

Una mujer demacrada, triste como la oscuridad que la cubría, le miró desde el piso inferior con una mezcla de odio e incomprensión

- ¿Y tú qué miras, vieja frígida? – le gritó a su esposa, que no tardó en alejarse de nuevo a su habitación de costura.

La pobre viuda, con dos hogazas de pan menos de las que le prometieron, salió de la panadería tan triste y llorosa como el día que la cubría. Y además, ahora tendría que volver a lavarse, quitarse el olor de ese cerdo, y en casa ya no había agua como antes. Acababa de ceder dos tesoros a ese cerdo al que siempre había odiado. Uno, su cuerpo, ya lo había tenido antes. El segundo, quizás más valioso, se lo había dejado envuelto en el mantel que le regaló su madre.

- Perdóname, querido esposo – gritó al cielo, incapaz de contener las lágrimas, y corriendo por las callejuelas de Delft mientras los barcos descargaban en el puerto, y las mujeres llenaban el agua en sus fuentes.

- Mírala – dijo una de las aguadoras que allí esperaba – ahí va otra vez...

- ¿y cómo dices que se llamaba el desgraciado de su marido?

- Vermeer, Johannes Vermeer de Delft

- ¿el pintor?... menudo bribón

- ese mismo... ese mismo.

Para los que piensan que antiguamente los artistas lo tenían más fácil.